

POLÍTICA FRANCESA EN AMÉRICA LATINA *

GUY HERMET

AMÉRICA LATINA, que estuvo sumergida largo tiempo en el folklore de la diplomacia de segundo orden, se lanzó de súbito a las primeras filas del foro internacional. Ese progreso no se debe solamente a la crisis centroamericana. Superando la "condición metafísica"¹ que este conflicto consiguió entre la *intelligentsia* occidental, América Latina en su totalidad —es lo esencial y novedoso— se presenta como el gran espacio donde las sociedades libres se imponen a las opresivas o seudorrevolucionarias. Aun cuando perduren dictaduras de derecha o izquierda, el territorio aparece como puesto de avanzada de los derechos humanos sin paralelo desde los cambios ocurridos en Europa apenas concluida la Segunda Guerra Mundial. En América Central, y más aún en la del Sur, se gestan las esperanzas más alentadoras del mundo occidental, que ya no necesita llorar lágrimas de sangre, en vista del fracaso de los modelos llamados socialistas en otros continentes.

Con esa perspectiva, la política de Francia no puede ignorar los problemas actuales de América Latina; pero es esencial que lo haga pensando en una estrategia duradera, inspirada no en frágiles simpatías partidistas o inquietando a Estados Unidos por una zona que es importante para él, no para nosotros, sino en el deseo más encomiable y realista de alcanzar dos grandes propósitos: el progreso de América Latina y la razón de nuestra presencia en esa región.

LOS PROBLEMAS EN JUEGO

La crisis en América Central, la deuda internacional, la estabilidad política (en relación íntima con la deuda), y la consolidación de los regímenes democráticos surgidos después de 1979 son los problemas actuales de América Latina. Si el mensaje es evidente, importa corregir las simplezas y distinguir la imagen que los latinoamericanos tienen de sus desafíos.

En lo que concierne a América Central, las impresiones falsas tienden, por suerte, a desaparecer. La naturaleza del poder sandinista en Nicaragua es la primera. En Francia por lo menos, ese poder dictatorial perdió su atractivo para intelectuales y militantes. Después del modelo cubano, el modelo san-

* Traducción de Martha Elcna Venier.

¹ I. Horowitz, "Passion and Compassion", *Caribbean Review* 14 (1), 1985, p. 23.

dinista está desgastado. Todo el mundo —o casi todo el mundo, inclusive sus antiguos defensores— está de acuerdo en que el régimen sandinista es un despotismo pretotalitario acorralado, cuyas fronteras permanecen abiertas sólo por la fuerza de las circunstancias. En otras palabras, es una dictadura revolucionaria que desearía ser irreversible, pero que calcula mal su ambición, porque decae su popularidad, porque se enfrenta a la resistencia armada y porque es imposible que la Unión Soviética le garantice protección formal. A la vez, la democracia que avanza en El Salvador se libera de una impresión tan falsa como el antiguo prejuicio prosandinista.

En 1982, el gobierno francés puso en duda la legitimación del gobierno salvadoreño al reconocer que la guerrilla que le combatía era tan legítima como él, y quizá más. En marzo de 1984, en una nota editorial, *The Economist*² tachó de “farsa” las elecciones presidenciales que favorecieron al demócrata cristiano José Napoleón Duarte. Pero el segundo triunfo democristiano —en las elecciones para diputados de 1985— no suscitó la ironía de los observadores, convencidos ya de que los guerrilleros están derrotados, aun cuando se empeñen en destruir soluciones posibles con exigencias desorbitadas y antideocráticas.

Hay aún discordancias. Una de ellas es creer que los “contras” nicaragüenses son una pandilla de guardias somocistas en procura de restituir el gobierno anterior a 1979. Ahora bien, si los nicaragüenses creyeran que las cosas estarían mejor bajo Somoza, eso está muerto en toda la extensión del término. Los guardias somocistas son profesionales en las armas, y sin duda desempeñan un papel técnico importante en una lucha que mantienen en las peores condiciones. Pero no son la fuerza política cuya legitimación se halla en líderes democráticos como Edén Pastora, Alfonso Robelo, Adolfo Calero o Arturo Cruz. El triunfo de los contras no podría ocurrir sino en provecho de esos líderes y significaría la caída de la segunda dictadura impuesta a Nicaragua después de su frustrado ingreso a la democracia.

La falta de percepción es también producto de la ignorancia del contexto centroamericano y de la diversidad de las naciones que lo componen. Panamá, Costa Rica y Honduras existen tanto como Nicaragua y El Salvador. Por un lado, están lejos de ser países de poca monta. Han tenido experiencias democráticas, que, a pesar de sus diferencias, sugieren la posibilidad de una apertura política sin derramamiento de sangre ni cataclismo social, demasiado oneroso en esta parte del mundo. Por otro lado, esos países temen, más que nada, la amenaza nicaragüense, aunque aparenten apoyar, con intensidad diversa, los esfuerzos pacifistas del Grupo Contadora. La amenaza se halla en el peligro del contagio revolucionario y en el apoyo exterior a las guerrillas. Es importante recordar, a este respecto, que Omar Torrijos había aprobado, meses antes de su muerte, los proyectos del dirigente contra, Edén Pastora. Además, la amenaza nicaragüense se manifiesta en el aspecto militar. Las fuer-

² “Farce in El Salvador”, *The Economist*, 31 de marzo de 1984, pp. 14-15.

zas armadas sandinistas tienen 170 000 hombres que, según confesión de Daniel Ortega, asesoran 800 consejeros militares de países del Este y de Cuba. Pero el ejército salvadoreño tiene 50 000 hombres que reciben ayuda de 185 expertos estadounidenses; el de Honduras cuenta con 25 000 hombres; Costa Rica y Panamá carecen de ejército formal. Cualesquiera sean sus principios políticos, los demás países centroamericanos desean —sin manifestarlo abiertamente— la caída del régimen sandinista, aunque sólo sea porque su militarización extrema les obliga a gastos en armamentos muy poco oportunos.

Último testimonio de ceguera en lo que respecta a América Central: Guatemala es el único país que, en lo militar, está en igualdad de condiciones con Nicaragua. En Francia se conoce al gobierno de ese país sólo como régimen opresivo (verdad irrefutable), pero debería conocerse también por su relativa fuerza en el ámbito centroamericano. Puesto que Guatemala tomó el lugar de El Salvador como polo industrial, esa fuerza es básicamente económica; podría volverse política si los intentos de liberación y moralidad pública, que comenzaron después de las elecciones de 1984, mejoraran la imagen deteriorada del país. Aunque tiene menos hombres que el ejército sandinista, el guatemalteco es el más “profesional” y el que está mejor preparado para la lucha antiguerrillera en América Central. Queramos o no, es necesario contar con Guatemala en vez de ignorarla. Si llegara a ocurrir una intervención externa en algún país de América Central, es probable que concierna más a Guatemala que a Estados Unidos u Honduras.

Aun cuando se tenga presente la deuda externa que agobia a la mayoría de los países latinoamericanos, no se la entiende bien. Los hechos necesitan pocos comentarios. La deuda externa de América Latina aumentó de 280 000 millones de dólares en 1981 a más de 350 000 millones en 1985. Además, los países más ricos son los más endeudados, porque Brasil, México, Argentina y Venezuela reúnen las dos terceras partes de la deuda. Ésta se justifica en Brasil, porque se han hecho allí inversiones productivas considerables, pero en los otros países ha servido para proveer capitales que luego huyeron o para sostener de manera artificial y desproporcionada el estilo de vida de la clase media.

Las paradojas cuentan por lo menos tanto como el dato estadístico. Primera paradoja: [por largo tiempo los prestamistas se atropellaron para ofrecer créditos a los países de América Latina que comienzan a industrializarse, y no pueden, en consecuencia, evitar su responsabilidad]. Segunda paradoja: [la deuda latinoamericana no es tan “escandalosa”]. Sólo Costa Rica y Chile están —como Israel y Dinamarca— en el pequeño grupo de países cuya deuda externa se aproxima al producto nacional bruto. Pero las deudas de Brasil, México y Argentina son, en proporción con el número de habitantes, inferiores a las de muchos países europeos. Por lo demás, la flexibilidad y capacidad de muchas naciones americanas para recuperarse económicamente es, al parecer, mayor que la de sociedades europeas atrapadas en expectativas de protección social y de consumo irreversibles. Las naciones americanas superan, con mucho, la parálisis política de Israel. El oprobio que cayó sobre América Lati-

na —que lucha por desarrollar su economía y afirmar su democracia— contrasta con la comprensión que se tuvo para un país no tan necesitado, como Dinamarca, o la compasión y solidaridad que se mostró por Israel.

No significa esto que las masas de América Latina tienen razón cuando consideran que la deuda externa es consecuencia de un complot, cuyo personaje demoníaco es el Fondo Monetario Internacional. Sería poco cuerdo halagar a países, como Argentina, que intentan invertir el juego dándose aires de víctimas inocentes. Pero no deberían desalentarse los esfuerzos —por ahora parcialmente felices— de naciones que, como Brasil y México, procuran afirmar su solvencia. Es necesario tener en cuenta también el desasosiego popular, más intenso que la obsesión que provocó el desempleo en Europa. (Los países de América Latina no son insolventes ni irresponsables. Están en una situación política y económica muy delicada, cuya solución conviene tanto a sus intereses cuanto a los nuestros.)

Los problemas de afirmación de los nuevos gobiernos democráticos —que aumentaron entre 1984 y 1985— están estrechamente ligados al aumento de la deuda externa. Democracias frágiles como las de Argentina, Uruguay, Brasil, Bolivia, Perú y República Dominicana, deben arraigar en condiciones económicas críticas, que los dictadores, en su tiempo, optaron por no solucionar. Esto no significa en absoluto que las sociedades americanas, salidas hace poco del autoritarismo reincidente, son incapaces de ejercitar la democracia estable. Antes al revés. Muchas de ellas se ven hoy más maduras para la democracia que la mayoría de las sociedades europeas a finales del siglo pasado; al parecer, los ciclos entre gobiernos autoritarios y democráticos no son ya para ellas una fatalidad.

Pero continúa el problema de cómo llevar a la práctica, día tras día, el programa inicial para la apertura democrática. Esa apertura provoca esperanzas desmedidas en la población, privada no sólo de libertad sino de lo estrictamente indispensable para sobrevivir. Y la dificultad para satisfacer esas esperanzas se mide con la actuación de las dictaduras apenas superadas, no con la de una democracia anterior. Así pues, las democracias industriales más antiguas deben entender que el arraigo político de América Latina merece un tipo de nuevo plan Marshall. Deben entender también que esta empresa puede significar la transgresión parcial de lo que hoy son para ellas las reglas del juego democrático, y que deben olvidar su pasado y las dificultades que tuvieron para afirmar su política. La democracia duradera es, más que exaltación de grandes principios, arte que se alimenta de estrategia.

Cabe aquí reflexionar sobre lo que es fundamental en una política para América Latina, algo que los latinoamericanos manifiestan por encima de la incertidumbre de la consolidación democrática. Se resume en lo dicho por Mario Vargas Llosa: “dejen de menospreciarnos”³. Desde hace decenios, América Latina se halla a la vanguardia de la cultura occidental. No obstante, euro-

³ “Le cri de l’Amérique latine”, *Le Point*, 9 de enero de 1985, pp. 114-119.

peos y americanos del norte insisten en verla como un espacio barroco y corrupto que dejó atrás su porvenir. Offenbach revive en nosotros. Se comprende que el bonachón desprecio que encarna se complica ahora con una piedad tercermundista, en virtud de la cual América Latina se observa sólo a través de la lente de aumento de sus dificultades, erigida en estigma de nuestros pecados. Ahora que la guerra de España ha terminado, América Latina debe reproducirla a cada instante para conmovernos. Pero ella no es el escenario constante de nuestra generosa indignación ni el alimento, aunque miserable, bien condimentado de nuestra tranquilidad mental. Si en cierto sentido América Latina forma parte del Tercer Mundo, es, en resumen, el Tercer Mundo de Europa, tanto por su cultura cuanto por el trasfondo modernizador que la transforma. España ya no es diferente. Es el momento de pensar que los países latinoamericanos emprenden el mismo camino, que no se les puede medir con la misma vara de Paraguay o Bolivia, que las dictaduras patriarcales y las repúblicas bananeras han terminado. Si no entendemos que América Latina es parte de nuestro espacio, si no la reconocemos como lugar fundamental de nuestra acción, significa que despreciamos lo que espera de Francia, significa volverle la espalda.

En verdad, la consecución de este gran juego implica reflexionar sobre el juego de cualquier política francesa en América Latina. Confiados en la retórica de los amigos que aún tenemos en América, los franceses nos engañamos creyendo que nuestro país —el de Voltaire y el de 1789— disfruta de un prestigio incomparable entre los latinoamericanos. Al contrario, Francia está allí en seria desventaja; nuestra tarea más urgente es superarla.

LA DESVENTAJA DE FRANCIA

(Esa desventaja no es nueva en cuanto tiene su origen en la debilidad constante de nuestra política económica en esa región del mundo.) Globalmente, el total de lo que exportamos a América Latina y lo que de ella importamos representa menos de un cuarto de nuestro comercio con África.⁴ Más aún, estamos muy lejos de Alemania y bastante lejos de Italia en lo que concierne a esos intercambios.⁵ Lo mismo ocurre con las inversiones. Las que hace Francia en la industria y minería de Colombia no se repiten en otros países. Antes bien, es discutible nuestra elección en lo que concierne a nuestra implantación en nuevas fuerzas industriales como Brasil, México y Argentina. El Estado francés y los industriales no sacaron ventaja a tiempo de las posibilidades que ha-

⁴ En 1984, el promedio mensual de nuestros intercambios comerciales con África se elevó a 1 825 millones de dólares, y con América Latina alcanzó apenas 427 millones. (OCDE, *Statistiques mensuelles du commerce extérieur*, marzo de 1985, pp. 64-65.)

⁵ En 1984, el valor promedio mensual de los intercambios comerciales con América Latina subió a 829 millones de dólares en el caso de Alemania, y a 571 en el de Italia. Esos intercambios representaron 3% del comercio exterior de Alemania, 4.5% del de Italia, y solamente 2.6% del de Francia (*Idem*).

bía en Brasil. Permitieron que empresas alemanas, italianas e incluso suecas dominaran ese mercado, hasta el punto de abandonar el lugar aventajado que tenían en un sector tan manejable como la industria automotriz. Nuestras inversiones están, en cierta forma, gastadas en Argentina —país en decadencia económica— o en México, donde tropiezan con la gran competencia estadounidense y con reglamentos internos muy restrictivos.

Francia no sólo está ausente en Brasil, el principal mercado latinoamericano. Como socio industrial y comercial es de segundo orden, y tampoco compete en influencia técnica con Estados Unidos y Japón o los países europeos. Sin duda, numerosos institutos de la Alianza Francesa y nuestros liceos cumplen una función importante difundiendo nuestra lengua y formando a los grupos más tradicionales de las élites locales. Pero ese papel cultural contribuye a encerrar más a nuestro país en especialidades como literatura, derecho, ciencias sociales o en todo caso, medicina. En cambio, los mejores estudiantes latinoamericanos —o los más activos— sólo piensan en estudiar francés para que les sirva de adorno o de protesta contra Estados Unidos. Y practican la lengua inglesa y estudian en universidades anglosajonas, porque quieren adiestrarse para su futuro profesional. Así pues, la influencia francesa se desvanece dentro del círculo de “los que deciden”, peor aún, lleva las de perder en función, justamente, de los esfuerzos que hacemos por “vender” nuestra lengua y sólo nuestra lengua, como si el medio del mensaje fuera más importante que su contenido. Así, la formación en Francia o en un ambiente francés se presenta como lo peor, y se ofrece a quienes no pudieron encontrar otra cosa.

Este panorama nada tendría de novedoso si la desventaja de Francia no hubiera aumentado a partir de 1981 a causa de los errores de cálculo del gobierno francés. En el caso de América Latina, esos errores fueron tan evidentes, que adquirieron valor de símbolos de nuestra torpeza. Entre esos símbolos, las declaraciones que hizo Jack Lang en la Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales (México, 1982), pesan más por su insoportable ingenuidad que por sus consecuencias. Al proponer una cruzada mundial contra el imperialismo financiero e intelectual, “que ya no juzga necesario apoderarse de los territorios sino de las conciencias”, el ministro de cultura no molestó tanto a los estadounidenses cuanto alteró el espíritu de los latinoamericanos. Sólo convenció a los últimos de que en su “fogosito discurso” había también matices de “imperialismo”, aunque el “intento de actualizar un imperio” les parecía anticuado.⁶

Otras manifestaciones de la política francesa provocaron algo más que ironías. Ocurrió en 1981-1982, cuando se nombró a Regis Debray consejero presidencial en asuntos latinoamericanos. Esto fue, en el fondo, cuestión secundaria, pero no lo fue su efecto psicológico, porque el nombramiento se vio como desaire o provocación en países que relacionaban a Debray con el Che Guevara, con la revolución armada o con cabildeos procastristas. Más grave es

⁶ Francisco Magón, “El León habla francés”, 29 de julio de 1982, p. 6.

que, desde hace tiempo, las alternativas de nuestra política parezcan hacer eco a los temores de la mayoría de los gobiernos latinoamericanos. En primer lugar, la declaración francomexicana de 1981, que proponía reconocer como legítima la guerrilla salvadoreña, hizo de México el socio latinoamericano privilegiado de Francia. Este acto de inmadurez irritó a Colombia y Venezuela, países importantes de América Latina. Luego, ese paso en falso —que se dio para favorecer a un presidente que estaba en el descrédito y al final de su mandato— fue una elección equivocada, porque ponía de manifiesto nuestra total ignorancia de la debilidad económica y social de México, demasiado agobiado por sus problemas, como para imaginar qué estrategia hubiera sido posible acordar con él. El eje París-Argelia-México estaba torcido de antemano.

A pesar de las correcciones tardías —más veleidosas que eficaces—, las consecuencias no sirven sino para confirmar el punto de partida. Tal es el caso de la venta de armas a Nicaragua —suspendida después— que colocó a Francia al lado del bloque soviético y de Libia como proveedor del ejército sandinista. Es el caso también de la actitud de Francia ante las consultas electorales que tuvieron lugar en Nicaragua y El Salvador. En ambas el gobierno se abstuvo de enviar observadores oficiales, pero no pudo contrarrestar el efecto desastroso que produjeron los enviados socialistas oficiosos a Nicaragua cuando la mayoría rehusó ir a El Salvador. En pocas palabras, a los ojos de la mayor parte de los gobiernos latinoamericanos, la política reciente de Francia es parcial, y esa parcialidad no parece, en absoluto, producto de una inclinación auténticamente democrática. Al favorecer a veces a México, otras a Nicaragua, otras a Argentina, nuestra política de los últimos años ha sido una frágil red de amistades y afinidades ideológicas que agravó nuestra desventaja. En una entrevista que apareció en *Le Monde* (junio de 1983), Belisario Betancur, al condenar en general la “inadmisibles injerencia de naciones que venden armas en la región”, acusó a Francia de “arrogante”.⁷

¿QUÉ CLASE DE POLÍTICA?

¿De qué manera se puede mejorar, en el futuro, reformulando una política más adecuada para América Latina? Quizá en la política actual debemos distinguir qué puede hacerse mejor, qué más se puede hacer, y qué debe cambiarse. Esto nos lleva a pensar que en perspectiva hacia el futuro nuestra acción económica y cultural necesita nuevo impulso y reestructuración, y que nuestra acción política necesita revisión profunda.

Desde el punto de vista económico, el aumento de la deuda latinoamericana destaca por su urgencia y magnitud. Nadie ignora que muchos países no pagarán jamás el principal de la deuda, y que el problema frecuente es pagar los intereses. Aun cuando, en esa perspectiva futura, nuestra actitud no pueda ser muy diferente a la de otros prestamistas —excepto en los préstamos

⁷ *Le Monde*, 14 de junio de 1983, p. 5.

de Estado—, es necesario salvar dos obstáculos. El primero —como nos sucedió con Argentina— es favorecer a un país de entre los deudores no en lo financiero o económico sino, simplemente, en lo político. En este caso, alentar la irresponsabilidad del país más avanzado de América Latina, cuyo endeudamiento de corto plazo ha sido el menos justificado, fue causa de que el presidente Alfonsín perdiera prestigio, porque finalmente tuvo que doblegarse a las exigencias del Fondo Monetario. Dejando de lado la promesa de apoyo que no pudimos cumplir, nuestra actitud significa olvido de lo que representa el ejemplo argentino. Hacer muchos favores a un país casi tan capaz como los países europeos, terminaría por dar a los otros —infinitamente menos preparados— razones para no efectuar reajustes que les convienen. El arreglo de la deuda debe hacerse con criterios socioeconómicos, no con el entusiasmo de la simpatía, cuyas consecuencias no pueden calcularse.

(El segundo obstáculo es poner a todos los países latinoamericanos dentro de un mismo molde. Sin duda, las reglas de la renegociación de la deuda que atienden caso por caso señalan un buen camino en este problema.) Es necesario advertir que hay países en América Latina con estados monetarios y financieros saludables. Colombia, por ejemplo, para quien los términos del intercambio son, en general, favorables, cuya inflación se redujo y cuya deuda es moderada —si tenemos en cuenta su capacidad de pago. A pesar de ello, los prestamistas le imponen ahora las mismas exigencias que a los países más endeudados. También El Salvador tiene una deuda pequeña y de largo plazo. De la misma manera, es necesario tener en cuenta las dificultades concretas de países carentes de recursos, como Bolivia y Perú, que por su vulnerabilidad económica, social y política, merecen un trato más comprensivo. Entre esas dos clases opuestas, los países industrializados de América Latina, pueden llegar a pensar que no les conviene clasificarse entre los deudores que reciben ayuda.

Siempre es más fácil hacer recomendaciones para el desarrollo de nuestros intercambios comerciales que ponerlas en práctica. Nuestras exportaciones son prueba de la poca fuerza que tienen en el mercado de naciones latinoamericanas pequeñas, sobre todo en América Central. Esos mercados, que sumados no son desdeñables, se alejan irreversiblemente a causa de nuestra indiferencia. A pesar de sus dificultades actuales, Brasil es para los inversores el país más prometedor y también el más exigente. Se encuentra ahora entre las mayores promesas industriales, su mercado no está saturado y ha hecho excelentes ensayos en la exportación. Colocar capitales allí es primordial, mientras otros se ahogan en inversiones circunstanciales de corto plazo.

(En lo que concierne a cultura y técnica, el reto es conservar la comunicación con los círculos de América Latina que hablan cada vez menos el francés, tendencia que no podremos invertir.) El mensaje francés ganaría si se transmitiera en español o portugués; evitaríamos así que nuestros eminentes conferencistas hagan viajes agradables sólo para hablar ante un grupo escaso, mundano o literario. (Entre los franceses, la enseñanza del portugués no está muy difundida, y la del español, antes boyante, pierde fuerza ante la popularidad

del alemán, y la muelle convicción de que un inglés, aunque torpe, procura la panacea de la comunicación universal. En su mayoría, los latinoamericanos son tan poco afectos como nosotros a aprender lenguas vivas; esa falta de interés crece porque en los estudios superiores, más democráticos ahora, disminuye la proporción de estudiantes de origen más acomodado y cosmopolita, entre quienes el bilingüismo es común. En estas circunstancias, nuestros institutos en América Latina son precioso bastión de nuestra influencia cultural. Pero si como defensa son irremplazables, poco valen como ofensiva. En Francia conviene que en los ciclos secundario y universitario se preparen recursos humanos y lingüísticos especialmente, para impulsar nuevos avances. Los frutos conseguidos con los estudios árabes e islámicos pueden servir de ejemplo, para que renazcan los estudios en el área latinoamericana.

Pero es en el terreno estrictamente político donde se impone una revisión. En primer lugar, en la evaluación de la amenaza, es decir, qué conviene para ayudar a los latinoamericanos, y que el beneficio sea mutuo. Nadie ignora que esa amenaza es la posible caída de los regímenes democráticos restituidos, en breve plazo, en Argentina, Uruguay y Brasil, tras largos años en El Salvador, Perú, Ecuador, Bolivia y República Dominicana. No es problema identificar el peligro, pero sus direcciones se advierten con menos claridad.

La amenaza no viene del Este, porque si la Unión Soviética y Cuba aprovechan, como es inevitable, las circunstancias que requieren su intervención en Nicaragua, no tienen los medios para comprometerse a fondo con la dictadura sandinista, y menos aún para intervenir. Al revés de lo que piensa Regis Debray, la Unión Soviética no es un tigre de papel, pero ya tiene bastante que hacer en Afganistán, y los cubanos tienen en Angola un sucedáneo de imperio que los mantiene bastante ocupados. Tampoco proviene la amenaza de los regímenes militares que quedan en América, en especial el de Pinochet. Nuestras necesidades psicológicas no pueden disfrazar la realidad: por un lado, la actuación del régimen militar chileno ha sido catastrófica; por otro, corre el rumor de que los militares latinoamericanos quieren ahora renunciar al poder directo.

En realidad, esa amenaza, que no proviene del poder totalitario ni de un mero "fascismo", tiene en parte su origen en nosotros, que asistimos como espectadores a la conmoción política de América Latina. El espectador gusta de la acción y hasta de los desenlaces trágicos. Aparte de la satisfacción personal y del placer mundano que los coloquios a la moda deben saciar, nada sería más dañino para el proceso democrático latinoamericano que una política francesa que alentara en él el radicalismo, en detrimento de la prudencia táctica. El objetivo es la democracia perdurable, no el acto propiciatorio que fue la desastrosa experiencia de Allende en Chile. Ese objetivo supone que no se desprecie la llama que es posible regrese a numerosos países, que no se aplauda irreflexivamente, por exceso de celo, lo que puede poner en riesgo la democracia.

En lo que se refiere a Argentina, sin duda es más recomendable no proponer nada que enfrente a Alfonsín con las fuerzas armadas y provoque la rectificación de testigos de cargo en el proceso de generales indignos pero de todos

modos temibles. Debemos estar conscientes de que los gobiernos democráticos de Perú y El Salvador tendrán que arrear la lucha contra el Sendero Luminoso y el Frente Farabundo Martí. (En esos países, consolidar la democracia implica ayuda económica, pero también cierta dosis de represión contra los enemigos de la democracia, ante lo que sería hipócrita indignarse.) Los regímenes democráticos que concedieron los militares en Brasil y Uruguay deben aceptarse sin reticencias. En cuanto esas democracias negociadas tienen su origen en un pacto implícito o explícito con las fuerzas armadas, pueden cumplir con lo que el pueblo espera sin que recelen sus adversarios, porque cuentan con ciertas garantías. Esas democracias están en mejores condiciones que otras, y pueden dar a sus dirigentes campo de acción más amplio que aquéllas cuyos gobiernos están en la cuerda floja a causa de una ruptura política profunda. La democracia no es una aventura estética, cuyas intenciones puras, siempre a la vista, valen más que el resultado final. Al contrario, ese resultado final es el que importa: la consolidación duradera de regímenes libres, arraigados de tal manera que no haya vencedores ni vencidos. Desde esa perspectiva, Francia y Europa tienen un papel importante que desempeñar, (apoyando las democracias que desprecian las políticas de resentimiento, y moderando las otras.)

La amenaza viene también de nosotros en lo que concierne a la política que debemos adoptar ante las dictaduras aún en vigor, especialmente en Chile, Nicaragua y Cuba. Sería vano creer en la fragilidad del régimen de Pinochet. A pesar del deterioro de su imagen ante buena parte de la opinión chilena, esta dictadura no tiene su fuerza en el consenso popular, sino en el apoyo del ejército y en la división de sus opositores. Así como veinte años antes de la muerte de Franco se decretó terminada su dictadura, la de Chile puede durar mucho, y encontrar en el terreno económico medios para recuperar su vigor. Todo depende, en último término, de la capacidad que muestre la oposición para unirse en un programa alternativo razonable, y, sobre todo, capaz de ofrecer garantías a los militares. Aunque les seduce la apertura democrática de Uruguay, los militares no quieren correr la suerte de sus colegas argentinos. Si tenemos en cuenta los lazos que unen a todos los sectores de la clase política francesa con sus homólogos chilenos, corresponde a esta clase política, más que al gobierno, trazar esta posibilidad singular de solución democrática. Pero no debe dejarse de lado la acción gubernamental, en cuanto ésta no se limitará a una política de sanciones ocultas o explícitas que sólo servirían para alertar los apoyos con los que aún cuenta el dictador chileno.

El problema es muy diferente en Cuba y Nicaragua. En Cuba el totalitarismo es irreversible por el tiempo transcurrido, por el infalible aparato de represión, y sobre todo por cierto tipo de mutilación demográfica concebida por Fidel Castro. Excepción hecha de la República Democrática Alemana, las dictaduras comunistas del Este europeo han conservado su población. La siniestra fórmula de Bertolt Brecht dice que cuando un pueblo no quiere al gobierno, éste debe cambiar de pueblo. Al poner en práctica esta fórmula, la Unión Soviética y Camboya se valieron del *Goulag* o de la masacre que llegó casi al genocidio. A causa, quizá, de la dulzura de las costumbres del pueblo cubano,

o seguramente por la cercanía de Estados Unidos, Castro procedió con menos brutalidad en la expulsión demográfica; se contentó con un *Goulag* relativamente modesto y honorable, según la escala de valores comunista. Así, forzó la emigración de más de un millón de cubanos refugiados hoy en Florida y otros lugares. Si la dictadura cubana es, lamentablemente, un hecho definitivo, no se justifica distinguirla con la aprobación, y menos aún darle un tratamiento especial entre los regímenes parecidos. Más que Polonia —donde el poder comunista no se militariza porque se desmoronaría— y más que Checoslovaquia —que ofrece a sus habitantes condiciones de vida decentes— el régimen castrista es la exaltación del totalitarismo. Puesto que no puede hacerse nada más, importa al menos considerarlo como lo que es; en especial, optar por la discreción en los intercambios de visitas oficiales con La Habana.

En Nicaragua la situación es menos desesperada. Aunque el régimen sandinista no esperó el endurecimiento de Estados Unidos para establecer un régimen totalitario, éste no es irreversible. Pero no hay que llamarse a engaño sobre las intenciones de sus dirigentes. Para ellos, las elecciones de 1984 no fueron la primera etapa de una apertura democrática plural, sino “la última concesión hecha al imperialismo”, según dijo uno de ellos ante Felipe González. Esas elecciones, aplazadas tanto tiempo, se realizaron por las presiones de un ambiente hostil, que obligó a los sandinistas a revestirse de una falsa legitimación electoral, en contra de su deseo inicial. Ante las circunstancias sería inútil especular sobre las facciones mal delimitadas del gobierno de Managua, porque los moderados rara vez participan en ese tipo de conflictos, y, por lo demás, la mayoría desertó ya de la camarilla sandinista. No sería menos falaz creer en las virtudes de la negociación o del compromiso. Desde luego, podemos creer con Jeane Kirkpatrick que, igual que en China y Yugoslavia,⁸ en Nicaragua terminará por imponerse un “régimen de comunismo nacional”. Pero esto significaría, por un lado, caer en el exceso de optimismo, si tenemos en cuenta la pequeñez del país, la escasez de sus recursos y la tentación natural —que no desaparecerá— de exportar su modelo revolucionario a países vecinos; por otro, significará menospreciar el espíritu de los nicaragüenses, que en la última encuesta, realizada en agosto de 1981, demostraron en su mayoría que están muy lejos de simpatizar con el gobierno que se les impuso.⁹ Llegamos a la forzosa conclusión de que el “comunismo nacional”, difícil de concretar, serviría a Nicaragua sólo para salir del paso. En consecuencia, la lucha aunada contra el régimen actual no es una abominación reaccionaria, sino lucha legítima, manchada, por fuerza, con los pecados de las guerras civiles. Los “contras” toleran la guerra sólo por el ideal, anodino a nuestros ojos, de la democracia plural. Esa trivialidad no debe restar firmeza a la política

⁸ *Le Monde*, 1 de marzo de 1984, p. 5.

⁹ El 63.9% de las personas entrevistadas declararon no haber recibido ningún beneficio de la revolución; 57.3% deseaban el retiro de los sacerdotes que eran miembros del gobierno sandinista; 60.8% de quienes consultaban los periódicos leían *La Prensa*, el diario de oposición. (Encuesta realizada en agosto de 1981.)

francesa hacia Nicaragua. A este respecto, no es suficiente declarar, como hizo Cheysson, que "el gobierno sandinista no cumplió sus promesas". Debemos pensar que si los sandinistas están, indudablemente, listos para negociar, lo harán sólo a condición de permanecer en el poder, es decir, a base de los recursos que les permitan superar su impopularidad y conservar el mando.

No es suficiente distinguir a qué amenazas se enfrenta América Latina; también es necesario revisar las relaciones con nuestra contraparte política en esta región. Aquí, Estados Unidos surge no sólo como actor esencial, sino socio obligado. Estados Unidos se muestra a veces incómodo por las medidas extremas que debe adoptar, como, por ejemplo, interrumpir sus intercambios comerciales con Nicaragua. Aunque técnicamente útil, esa medida contribuye sólo a exacerbar el prejuicio "antigringo" en América Central, y a justificar la opinión de los adversarios americanos y europeos de la administración Reagan. Pero sería ingenuo creer que es posible inducir más moderación en ciertas actitudes del gobierno estadounidense, contradiciendo abiertamente su política. Lejos de convencer a la derecha estadounidense, proponer una estrategia más blanda en *America's deep south* (eso son para ella los países centroamericanos) contribuye sólo a reforzar su tendencia al aislamiento armado, y su propensión a encerrarse orgullosa en una *island strategy*. La misma propuesta causa efectos nocivos en la izquierda demócrata. Aun cuando el electorado demócrata comparta con la izquierda europea sentimientos pacifistas por América Central, no tiende a comprometerse con nadie, ni siquiera en Europa. Así pues, erigir América Central en dominio privilegiado del idealismo celestial que no demostramos en el sitio del enfrentamiento entre Este y Oeste, significa jugar al aprendiz de hechicero de un proceso que puede terminar en otro tipo de aislamiento estadounidense, sin armas esta vez. Hace poco, al rechazar el presupuesto para defensa presentado por Reagan, el Congreso señaló una tendencia en ese sentido.

Este examen de una *Real-politik* global, es válido también en lo que concierne a una actitud firme en América Central. Por añadidura, ésta es en lo moral más legítima que el flanco derecho de los que son, o quieren ser, déspotas revolucionarios. La camarilla sandinista se calma a veces sólo por las presiones militares. En El Salvador, la guerrilla tiene tales exigencias (formar parte del ejército, por ejemplo), que su intención de negociar se revela ficticia sin duda alguna. En Perú, Sendero Luminoso no hizo caso del sufragio que confirmó a Alan García en la presidencia, lo que destruyó la hipótesis de que la negociación pondría coto a la masacre senderista.

En el fondo, y por su intención final, la posición de Francia difiere poco de la de Estados Unidos respecto al apoyo que prestará al desarrollo de la democracia en América Latina. Sería lamentable presentar una imagen diferente para satisfacer, por pura fórmula, el complejo antiestadunidense de una facción cada vez más reducida de la *intelligentsia* francesa. †

† Nuestros socios europeos concuerdan también en la necesidad de apoyar el desarrollo democrático en América Latina. Es de lamentar que ese acuerdo sea platónico y hasta contradictorio, de modo que su influencia, bastante sim-

bólica, es muy reducida. La exaltación de la solidaridad latina de Francia y España para con las naciones iberoamericanas debe tomarse con cautela, porque si la intención es grande, se manifiesta en la realidad como intromisión de familiares rivales que, sin motivo alguno, creen tener ventajas con los latinoamericanos, poco sensibles a esas atenciones interesadas. (Además, Europa no dispone de recursos económicos a la medida de su ambición, o se niega a reunirlos para concretar una influencia de la que no sacará provecho.) Lo comprobamos en la reunión que los ministros de relaciones exteriores de Europa, América Central y el Grupo Contadora tuvieron en San José en septiembre de 1984; allí, Europa propuso ayuda por 300 millones de dólares, cuando se necesitaban miles de millones. También hay muchos prejuicios contra los latinos en los países nord-europeos, que pueden convertirse a largo plazo en un desdén condescendiente, aunque caritativo, por una América Latina hundida en el exotismo de la democracia inalcanzable y en la esperanza de un cataclismo redentor reservado a otros. (El hecho es que esa Europa guarda para los latinoamericanos los peores deseos bajo el disfraz de la falsa generosidad de almas militantes en búsqueda de un ejercicio ideológico. Por lo tanto, Europa debe superar sus deficiencias, para que merezca un lugar en América Latina.) Pero como no puede usar la fuerza ni la seducción económica, solamente lo conseguirá con el ejemplo de su ética responsable, actitud que en absoluto contradice el ideal democrático, porque esa actitud significa, sobre todo, respeto a la identidad y a los intereses futuros perdurables de los latinoamericanos vistos como nuestros iguales. Así, dejaremos esa actitud presuntuosa que nos hace proyectar sobre ellos nuestros fantasmas más gratuitos, a pesar de los peligros que para nosotros encierra.

Francia sabe —se lo dice su historia— de cuántos riesgos y peripecias inadvertidos está sembrado el camino de la democracia. Francia se presenta también, entre los países europeos, como el que entiende mejor los engaños tercermundistas. Por lo tanto, está mejor preparada para ayudar a sus vecinos a sustituir la verborrea de los falsos amigos de la América indigente, por el lenguaje responsable que mencioné arriba.

Sólo con esa condición y con ese plan ético, la política de Francia atraerá algo más que cortesía elemental y encontrará interlocutores atentos en América Latina. Dos ejemplos serán suficientes para ilustrar lo que digo. Los gobiernos representados en Contadora temen la amenaza directa que significa el régimen sandinista y desean su caída. Aunque tienen esperanzas de que esto ocurra, no pueden comprometerse públicamente con la actitud firme de Estados Unidos. Así pues, proponen una solución negociada de la que, saben, no obtendrán resultados que les satisfagan. En espera de que se produzca el acontecimiento decisivo que anhelan, pero que el protocolo les dictaría lamentar, fingen promover una alternativa pacífica, y excluyen la intervención del único actor capaz de deshacer el enredo. Hasta cierto punto, sus reacciones son producto de la acción normal de factores internos y de los factores externos del juego diplomático. Pero es nefasto que la política de Francia haga creer que ignora esas contradicciones y aliente a los países de Contadora a enredar-

se en un discurso teatral desprovisto de efecto real. Ayudar a las naciones americanas para que afirmen su autonomía, significaría sobre todo que se les ayude a escapar de las apariencias que ponen obstáculos a la expresión de su madurez política.¹⁰

El segundo ejemplo hiere más el amor propio nacional. Es injustificable vender, cueste lo que cueste, aviones Mirage a Perú, como acabamos de hacerlo, puesto que no hay peligro exterior que amenace ese país, y puesto que favorecemos una actitud comprensiva con la deuda externa latinoamericana. Son situaciones que juntan el interés bien entendido con la moral complaciente. El desprecio contra el que se rebelan los latinoamericanos tiene su origen en circunstancias como éstas, en las que parece bien resolver los problemas laborales de Francia a costa de sangrar a los más desamparados (Engañar con hechos y palabras no es buena política, porque se deterioran al mismo tiempo nuestro prestigio, nuestra influencia política y nuestra presencia económica en el largo plazo. América Latina no debe ver a Francia como un mercader de armas que arreglará esa imagen con su generosa oratoria artificial.

¹⁰ Eso los llevó, hace poco, a denunciar la liberación de Granada, que a la vez celebraron casi abiertamente.